



ROMANCE TERCERO

«Valiente eres, capitán,
Y cortés como valiente:
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.»

Góngora.

Inquieto Zaide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aún no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia, baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, hiedras y jazmines
Visten entretejidos y encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y descendiendo á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albaida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luégo ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce... sí... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

Mas ¡en qué situación llega el mancebo!
¡Oh santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apenas, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo
Le está de horror el corazón ahogando:
Cuájasele la sangre, y confundido,
Prorumpió así con balbuciente labio:

«¡Oh Mudarra!... ¿qué es esto?... ¡ay hijo mío!...
¿Qué golpe amaga á este infelice anciano?
¡Mudarra!... ¿no respondes?»—El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice:
«Al padre de Kerima muerte he dado.»
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Zaide en los amigos brazos.

«¿Cómo? pregunta el viejo, has dado muerte
A Giafar!—A Giafar,» responde ahogado
El misero garzon; y Zaide exclama:
«¿Quién penetra tus miras, cielo santo?»

«Oh poderoso Alá... ciertas, terribles
Son tus venganzas: sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado.

«¡Oh joven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Álzate, torna en tí; noble principio
Á tus venganzas sin saberlo has dado.

«Álzate, torna en tí: llegó el momento
De la revelación; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos.»

Tales palabras del turbado joven
El corazón confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremeciéndose,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, «sígueme, le dice:
Ven conmigo al jardín, y de los astros
Allí en presencia, con el fiero adorno
De esas ropas que sangre están manando,

»Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu origen claro,

»Y la alta obligación que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos.»

¡Ay!... las palabras últimas de Zaide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmóvil,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolución y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y «¡Oh Mudarra!... ¡oh Mudarra!... en este instante
No vil temblor, esfuerzo es necesario,»

Gritale, y ante sí firme le impele:
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardín caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epitafio;

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atención de los primeros años,
Del docto Zaide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tan sólo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondía
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura heria los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Zaide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

«Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.

»Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fuí parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;

»Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo,
Turba infeliz de míseros esclavos;

»Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos.

»Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leonés y el castellano;

»Fuimos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.

»¡Terrible y desastroso fué aquel día,
Para el imperio musulman aciago!
¿Dó el esfuerzo andaluz?... sólo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.

»Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecia,
Y lidiamos los dos un largo espacio.

»Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando.

»No ví más la matanza, pues mis ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron.

»Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interés en mi vivir mostrando.

»¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,

»El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo.

»Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué ¡cielos! mi sorpresa y pasmo,
Al ver aquel que suspendido habia
Sobre mi frente de Azrael el brazo?»

Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, ¡oh Zaide! dijo,
¡Oh noble bienhechor! no eres esclavo.

»En cuanto ayer á mi señor osaste
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él ya prendado

»De tu gentil aspecto y bizarría,
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos.

»Animo, Zaide bueno; tus heridas
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato.

»Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarle á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos.»

Aquí el discurso enternecido Zaide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

«Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.

»Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atencion, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;

»Y luégo su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingenio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instruccion me cautivaron.

»Él me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio.

TOMO I

»Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron...
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?

»Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;

»Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo.

»—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecemos... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?

»Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigia,
A un castillo partimos inmediato.»

»El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos.

»Cuarenta primaveras contaria...
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros.

»Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festin, y recibíome
Con franco aspecto, y me alargó la mano.

»Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apénas quince años
Contaria el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:

»Veintidos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo, de ellos preceptor y ayo.

»Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
¡Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

»El padre en medio de ellos parecia
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su régia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;

»Oh generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauero.

»Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:

»Que afablé entónces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
*Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado.*

»*Vuelve á tu patria; pero nunca olvides
La estimacion que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fe sacrosanta con los rayos.*

»Y yo le respondí: *Caudillo insigne,
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu denuedo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato.*

»*Alá te guarde, y de tus nobles hijos
En medio vivas los eternos años
Que en el Líbano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado.*

»Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo...
Ese mismo que tienes en tu mano.»

Calló un momento Zaide: estremeciése
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna rielaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso;
Mas de este modo lo impidió el anciano:

«Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;

»Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lento paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso.



»Entré por fin en Córdoba, aún cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunque era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado.

»Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos.

»A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaría
A los siempre rebeldes mauritanos;

»Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El Africa observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo.

»Restablecido apénas, el recinto
Dejé de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados.

»De tejidos de Persia, de jaeces,
De damasquinas armas, de caballos
Árabes y andaluces, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos,

»Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano.

»Pronto avisté de Burgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Afable recibíome en su palacio.

»Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aún el cetro regir no le era dado.

»El gobierno supremo de Castilla,
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,

»Y del gran Gustios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fui buscando.

»Los usos y costumbres castellanas,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos días,
De admiracion y asombro me llenaron.

»Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos.

»¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si ántes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!

»Ajustada la paz, Gonzalo Gustios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Salas, do tenia
Su alcázar, su familia y sus vasallos.

»Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
LOS INFANTES DE LARA, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos.

»¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!

»En él me hallé y en un banquete, el dia
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado.

»A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo contento y descuidado,

»Con varios extranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros.

»De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor extraño

»El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado

»Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gustios
El hijo más pequeño (que Gonzalo